

# Representación política: hacer, deshacer y rehacer



**IZTAPALAPA**

*Agua sobre lajas*

*José Luis Tejeda González\**

## Resumen

Lectura crítica de los temas de la tutela, la representación y la clase política. La crisis de la representación se extiende a todas las dimensiones del poder y la política, siendo un fenómeno recurrente que ahora requiere otras respuestas a la luz de las experiencias de la democracia directa, presencial, y de las contradicciones que genera la democracia representativa. Las opciones se van decantando por la renovación y regeneración de la política de la representación, combinadas con formas de participación ciudadana.

**Palabras clave:** tutela, élites, clase política, democracia, ciudadanía

## Abstract

In this article there is a critical reading of themes such as guardianship, representation and the political class. The crisis of representation extends to all aspects of power and politics and it is a recurrent phenomenon that now requires different answers, especially in the light of experiences such as direct and on-site democracy, and of the contradictions generated by representative democracy. Options are decided through the renovation and regeneration of representation politics and types of citizen participation combined.

**Key words:** guardianship, elite, political class, democracy, citizenship

\* Profesor-investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, gorgias10@hotmail.com

## Introducción

**E**n este artículo nos hemos planteado desentrañar los aspectos más importantes de la representación política. Como se encuentra en crisis, se pone en discusión su viabilidad y funcionamiento y las alternativas que se presentan. La representación política proviene de una tradición histórica y conceptual diferente a la democracia. A partir del siglo XIX se han encontrado para marchar juntas y dar lugar a lo que popularmente se conoce como democracia representativa o liberal. Sin embargo, los conflictos y contradicciones han estado a la orden del día y en diferentes momentos de la historia moderna se ha hecho ver que la democracia podría funcionar sin representación o con una representación disminuida y acotada, contrarrestada con otras formas de poder y democracia. La vertiente liberal, en cambio, encuentra en la representación un dique importante ante las diferentes modalidades de la democracia directa y presencial. Esta disputa entre representación política y ausencia de la misma es recurrente en la evolución de las sociedades democráticas modernas. En el primer punto vemos cómo se ha hecho la representación política, relacionada estrechamente con la tutela y la clase política. En el segundo observamos cómo la representación se deshace y se estrecha por la fragilidad institucional, el desborde democrático y la crisis de la clase política de manera combinada con la extensión de la sociedad civil hasta formar una ciudadanía presencial. En el último punto va quedando claro que la representación es un fenómeno persistente, ligado a la división política de la sociedad y que a lo sumo se trata de combinar formas de poder representativo con otras formas emergentes, que rehacen el sentido mismo de la representación política. Ésta no se irá, pero sí perdería exclusividad en el manejo de los asuntos públicos, y tiene que enfrentarse y confrontarse ante ciudadanos que no delegan el poder a la usanza clásica.

## Tutelaje y clase política

Uno de los fenómenos más llamativos de los últimos tiempos es la crisis de representación política que se da en diferentes latitudes del planeta. Nada ni nadie escapa a esta crisis tan profunda en la relación entre gobernantes y gobernados, entre dirigentes y dirigidos, y entre los representantes y los representados. Si bien esta crisis está vinculada a las diferentes facetas del hacer político ataca la parte neurálgica de la representación política que es el asunto del *tutelaje*. En algún momento se consideró a éste indispensable o por lo menos una necesidad apremiante. Se ha dicho en este tenor que los pueblos, las colectividades y las naciones requieren un cuerpo representativo que hable, vele y se preocupe por ellos. El realismo político ha insistido siempre en la importancia de la representación y hasta le ha encontrado elementos benéficos que ayudan a mantener el orden público y la estabilidad. Los ideales del autogobierno y las dimensiones emancipadoras, en cambio, han tratado de prescindir y acotar la gestación de los cuerpos especializados y dirigentes que se vuelven la fuente de las decisiones estratégicas, económicas, políticas y sociales de las naciones modernas.

Las democracias antiguas y directas podían ejercer formas de autogobierno porque se trataba de comunidades pequeñas. La escala en que se decide, se ejecuta y se implementan las decisiones políticas se convierte en el primer elemento que avala y justifica la representación (Dahl, 1992: 40-43). Las naciones actuales están formadas por millones de ciudadanos que no pueden reunirse ni deliberar públicamente, y deben recurrir al nombramiento y elección de un cuerpo representativo que decide y resuelve en su ausencia. Este cuerpo se desprende, se hace cada vez más complejo y avanza en su funcionalidad y especialización hasta establecer un ente con intereses y una dinámica propia. El momento fundacional de los Estados se da cuando se pone en marcha el poder constituyente de los pueblos y las naciones. Este acontecimiento extraordinario en sí mismo y en ocasiones francamente revolucionario da lugar a que se funden instituciones que asientan la normalidad de la vida política y civil de las sociedades (Preuss, 2000: 35-36). El gobierno, la administración y la conducción de las mismas quedan en manos de un equipo de líderes y funcionarios que deben actuar de acuerdo a los mandatos constitucionales, las disposiciones legales y la voluntad popular o nacional. La representación tendría que existir como un mal necesario o como un bien colectivo, según desde donde se mire. Esta relación entre momento fundacional y representación es propia de la cultura republicana, ya que los Estados que ejercen el poder en el nombre de Dios o lo hacen de facto no se plantean la

representación del poder popular. Si bien en la representación política hay reminiscencias feudales, adquiere su dimensión actual en la república democrática moderna.<sup>1</sup>

La lectura benévola de la representación política se afirma una y otra vez sobre su necesidad técnica, y hace caso omiso de la parte malsana que acompaña al proceso representativo. En las sociedades democráticas los representantes son electos por el voto ciudadano, se forman partidos políticos y asociaciones civiles que buscan representar ideas, intereses, posturas y posiciones ante los diversos aspectos de la vida nacional. La clase política definida así por Mosca se conforma de acuerdo con intereses propios que llegan a distanciarse de los grupos sociales a los que dicen representar. Según Mosca, la clase política o dirigente es indispensable para toda organización social, ya que sin ella no podría sobrevivir la sociedad (1984: 106-108). En dicha clase política, es más lo que tienen en común entre ellos que lo que los une y los ata a sus representados. La tradición fuerte del poder entendida como el reforzamiento del control, la dominación y la manipulación sobre la sociedad y sus habitantes hace su aparición en todo momento en la medida en que la clase política y las élites que la conforman tratan de afianzarse por este lado de la política. Michels decía que todo proceso de organización conlleva la burocratización y, por ende, la oligarquización (1969b: 176-178). En las interpretaciones del realismo político, los ciudadanos tendríamos que elegir entre élites; la clase política tendría que optar entre ser más abierta o más cerrada; y los círculos representativos deberían visualizar más allá de sus intereses inmediatos, funcionales y corporativos, para desarrollar un interés superior.<sup>2</sup> Eso es todo lo que se podría hacer para mejorar el proceso irreversible de la dinámica representativa.

La llamada teoría elitista de la democracia ha trabajado sobre la tutela, la clase política y las élites como los elementos centrales y decisivos para atender y resolver la cuestión de la democracia contemporánea (Bachrach, 1973: 28-29).

<sup>1</sup> Según Manin a finales del siglo XVIII, un gobierno organizado que siguiera las líneas de la representación era considerado diferente a la democracia (1998: 15).

<sup>2</sup> Hay que tener en cuenta que además existe el debate del republicanismo y el comunitarismo, que atiende la cosa pública, el bien público y la virtud cívica. El republicanismo se interesó siempre por el gobierno de la cosa pública, que a estas alturas huele a neutralidad política o al gobierno de nadie, o sea que cualquiera lo puede ocupar y desalojar. Esto ha llevado a un corrimiento de teorías republicanas hacia la defensa de virtudes cívicas y públicas, que las acerca a ciertas variantes del comunitarismo. En pocas palabras y para el caso que nos ocupa, los representantes, lejos de alejarse de la comunidad política, deberían ser sus garantes. Pettit nos dice que un ideal de la tradición republicana es la libertad como no dominación. Y como esta causa descansa en buena medida en el gobierno y en sus funcionarios, quienes representan una amenaza intrínseca, el pueblo debe bregar por mantener en la honestidad a los bastardos. Se requiere así una vigilancia perenne sobre el gobierno. Tal es el precio que se debe pagar por la libertad (Pettit, 1999: 22-23).

La democracia clásica roussoniana se apoyaba en los principios del poder constituyente, la soberanía popular y la voluntad general. Una comunidad política pequeña podía manifestar en concreto la voluntad de sus integrantes, lo cual se podía hacer con un cierto grado de visibilidad y transparencia en las asambleas públicas. Rousseau recomienda la democracia como fundamento del Estado y como la forma de gobierno más indicada para las comunidades pequeñas (1985: 108-109). Se puede evitar la representación cuando se trata de una comunidad pequeña y homogénea. La democracia indirecta, en tanto, requiere la delegación del poder soberano, y en la medida en que la escala política se va haciendo más grande se va diluyendo la voluntad soberana de los representados. De igual modo se da una mayor opacidad y oscuridad sobre lo que hacen los grupos representativos. Los filtros institucionales y organizativos que la dinámica de la representación va apuntalando harán que la lógica de los representantes se vaya imponiendo ante el resto de la población, en algo similar a lo que Holloway define como un tipo de *poder sobre* (2002: 53).<sup>3</sup>

Michels sostuvo hace tiempo que las democracias se vuelven cada vez más aristocráticas en la medida en que los procesos de organización y delegación del poder llevan al desarrollo de las burocracias políticas y partidistas (1969a: 55-56). Los electores optan entre los grupos aristocráticos que nos van a gobernar, y las decisiones centrales las toman dichos cuerpos elitistas y especializados que se asumen como portadores de la voluntad, la opinión y los intereses de los representados. Según Michels, la democracia resultante es aristocrática ya que siempre serán unos cuerpos minoritarios los que asumen, retienen y mantienen el poder. El hecho de que los representantes tengan que ser electos por el voto popular configura un tipo de aristocracia electiva. Como quiera que sea, el momento electoral permite que se dé la rotación y la movilidad de las élites.<sup>4</sup> La existencia de opciones distintas y de la competencia política obliga a dichos cuerpos a ganarse el voto y la adhesión de los electores, para contar con la anuencia de la

<sup>3</sup> Si bien lo hace desde otra perspectiva ideológica ubicada en la izquierda del espectro político, Holloway enfatiza el proceso de diferenciación del poder que se ejerce sobre la sociedad.

<sup>4</sup> El tema de la circulación de las élites fue introducido por Pareto, y Michels lo cita y discute con las líneas generales del razonamiento paretiano. En la sociología política paretiana se le da una importancia al movimiento circulatorio de las élites y las aristocracias para el desarrollo y la sobrevivencia de la sociedad en su conjunto. "Un simple retraso en esta circulación puede tener como efecto el aumento considerable del número de elementos degenerados que incluyen las clases que poseen todavía el poder y aumentar, por otro lado, el número de elementos de calidad superior que encierran las clases sometidas. En este caso el equilibrio social se hace inestable; el menor golpe, tanto del exterior como del interior, lo destruye. Una conquista o una revolución acaban por trastornarlo todo, llevan al poder a una nueva élite y establecen un nuevo equilibrio, que seguirá estable durante un tiempo más o menos largo" (Pareto, 1987: 71-72).

mayoría. En pocas palabras, el gobierno no es del pueblo, sino que recae en grupos minoritarios que deben su poder a los representados y ausentes de la nación. Se da un juego complejo entre el consenso mayoritario y la representación de una minoría que gobierna.

Schumpeter llevaría la discusión más lejos al sostener que la disputa entre los caudillajes políticos es lo que permite la rotación y la elección de las élites. Es el método competitivo lo que le da razón de ser a la democracia política (Schumpeter, 1983: 343). Los temas roussonianos se vuelven cada vez más incómodos e inasibles, ya que la voluntad general es motivo de interpretación y apropiación por vanguardias, camarillas y grupos de poder. La voluntad general se puede fabricar y se puede convertir en cualquier cosa, lo cual se presta para que se dé la manipulación y el manejo desde la élite y desde quienes ejercen la tutela sobre las masas y los ciudadanos comunes. La democracia se vacía de la sustancia política para estar definida por el método de la elección. El fundamento de todo régimen democrático es el poder popular, la soberanía que reside en el mismo y la voluntad general que dice expresar. En vez de ello, se abre camino la idea que reduce la democracia a un método competitivo para la elección de los dirigentes, lo que lleva al proceso democrático al juego competitivo por el apoyo de las masas y los votantes.

En contra de los regímenes democráticos se presenta el argumento de que la cantidad no podría jamás sustituir la calidad en la toma de decisiones y en el ejercicio del poder y del gobierno. Este argumento de la calidad de la política tiene una huella aristocrática.<sup>5</sup> Sólo los personajes ilustres y las minorías iluminadas, educadas e ilustradas pueden tomar decisiones de calidad.<sup>6</sup> Las minorías preservan la calidad de las decisiones, con lo que se refuerza la importancia de la representación política, en la medida en que la información y el conocimiento, el manejo técnico y especializado se quedan en los grupos de élite. Lo cierto es que las decisiones minoritarias afectan a las mayorías y en un régimen democrático el poder debe residir en éstas, con lo que pueden premiar o castigar en las elecciones a los grupos minoritarios que las quieren representar o que ya lo han hecho. Del momento fundacional se pasa al momento electoral en que se entrelazan la

<sup>5</sup> Aunque en honor a la verdad ahora se ha desarrollado una línea de pensamiento muy comprometida con la calidad de las democracias y con el tipo de decisiones y de gestión que están desarrollando lo cual atañe a las élites y su grado de excelencia (Maestre, 2001: 35-36).

<sup>6</sup> Un liberal progresista como Stuart Mill llegaba a sugerir un tipo de sufragio por grados para contrarrestar el peso de los números que se daría con la extensión del sufragio universal. La conexión entre educación, instrucción y el grado de madurez del *demos* es indudable, como el mismo Stuart Mill lo marcaría (1985: 107-108).

representación política y el poder popular. El argumento democrático sería contundente: es preferible que una decisión equivocada sea tomada por millones de personas a que una buena decisión se le tenga que imponer a la mayoría de la población, lo que le puede quitar lo que tendría de benéfico. Una decisión minoritaria va a requerir el uso de la fuerza y de la coacción para ser impuesta, mientras que una determinación mayoritaria se obtiene por consenso, demanda un menor grado de violencia hacia el interior del conglomerado social y logra mayor legitimidad política. Además, el sistema democrático permite las rectificaciones y las correcciones políticas e históricas.

La conexión entre mayorías y minorías es básica para resolver la cuestión de la política representativa. Gramsci decía que las ideas originales y rectoras pueden nacer de un individuo o de un pequeño grupo, pero requieren el concurso de las mayorías para volverse fuerza política y social (1975: 109-110). La calidad tiene que convertirse en cantidad para volverse una fuerza cristalizada. Es evidente que los individuos y los grupos minoritarios tienen que medir el pulso de las mayorías para ir definiendo los derroteros de la política democrática. Algunas individualidades se desprenden con su pensamiento del medio social y político, pero en esos casos no se quiere representar a nadie, sino sólo presentan su forma de pensar, de sentir, de mirar el mundo. En un momento determinado esas ideas aisladas conectan con los demás, pero no era el propósito inicial de los creadores. Los representantes quieren hacerse portadores de los intereses, las necesidades y los sentimientos de una colectividad o de un grupo social determinado. En términos ideales, el representante trata de sintetizar y expresar cabalmente aquello que sus representados no logran decir por voz propia o expresar por sí mismos. En la realidad, los cuerpos de representantes se hacen de una materialidad del poder tal que les permite mantener la conexión con los de abajo, a la vez que van creando un cuerpo de intereses propios y sobre todo van diseñando mecanismos que les garantizan mantenerse y sostenerse como tales representantes. De ahí que la formulación de Schumpeter sea bastante cruda y realista: la voluntad popular se puede fabricar y es un producto artificial. El principio de la voluntad general roussoniana tiene tintes románticos en la medida en que recurre a una entidad metafísica y venerable que le daría unidad y cohesión a una nación y a un pueblo. La comunidad democrática real se conforma por individuos ciudadanos con deseos, apetencias, intereses que pueden ser variados, diversos y hasta antagonicos. El difícil trabajo de administrar y procesar tanta diversidad y complejidad se convierte en uno de los motivos por los que la voluntad mayoritaria se construye desde arriba, como un proceso inducido que combina la persuasión,



el convencimiento y la coacción sobre la sociedad en su conjunto.<sup>7</sup> Cuando la voluntad política se induce y fabrica desde arriba, imponiéndose a los de abajo, se contradice una de las bases del proyecto democrático.

La formación de una clase política –de un cuerpo especializado que ejerce el poder, la dominación y la tutela sobre los individuos– se convierte en una de las necesidades más apremiantes de los procesos políticos y sociales de los regímenes democráticos. Se va a dar la rotación y la movilidad del poder, pero al final de cuentas la existencia de partidos políticos estables y de organizaciones representativas permanentes va a requerir el desarrollo de un cuerpo más duradero que pueda compartir atributos ligados al poder, el orden público y la estabilidad política. La tutela se ejerce por estas franjas minoritarias que devienen en una clase política, con intereses, hábitos y formas de acción que les resultan comunes. Esta clase política es cerrada y hermética cuando se trata de regímenes autoritarios y dictatoriales, pero tiene que mantener un grado de movilidad en las sociedades democráticas. A pesar de que la clase política es más abierta, en los regímenes democráticos se dan mecanismos de producción y reproducción de la misma, que no están a la mano de cualquier habitante de una comunidad política. Los mecanismos de inclusión garantizan que la representación no se convierta en una estructura de poder anquilosada y en un lastre para la rotación de mandos y de élites en las sociedades democráticas. Las formas de exclusión, a su vez, se tornan una herramienta para garantizar la continuidad de la especie política, cuidarse de los intrusos, y sobre todo impedir su destrucción y desintegración desde adentro. Los que van accediendo a las élites se ven sometidos a todo un proceso de alineamiento, domesticación y depuración que va a garantizar que los nuevos inquilinos del poder político administren y preserven lo que existe y se alejen lo más posible de intentos de refundación política que pongan en peligro los intereses de las élites y de la clase gobernante. De hecho, la existencia de cofradías en el poder, de sociedades secretas, y el rechazo a los intrusos, se convierten en las expresiones más deplorables del elitismo político que vulneran los principios rectores de la opción democrática. Como se puede ver, la representación política que deviene en cofradía niega otro de los elementos sustanciales de las sociedades democráticas, ya que se impone la exclusión por encima de la integración y la inclusión políticas.

<sup>7</sup> En este mismo tono de la discusión, Giovanni Sartori desconcertó a varios cuando hizo público el *Homo Videns*. Sartori tiene puntos de continuidad importantes con el realismo político democrático y con las vertientes del elitismo. En el texto citado hace manifiesta su inconformidad con la modalidad que adquiere la democracia inducida y fabricada por los medios masivos audiovisuales que llegan a la alteración de la misma condición humana y a la formación de *videoniños* que van a empobrecer el nivel de la vida pública (Sartori, 1998: 35-40).



## Ausencia de representación/debilidad institucional

Algo ha ocurrido a últimas fechas en los procesos políticos y electorales que hace que las explicaciones del elitismo resulten insuficientes, y la representación en sí misma es objeto de reflexión y revisión. Un par de elementos, dados en la élite y en la base, ayudan a entender la crisis de la representación política. Por un lado, el poder se ha vuelto más visible y sus resortes más recónditos se vuelven materia de análisis y discusión pública. La clase política se ha secularizado en grados extremos. La autoridad política ha perdido esa aureola de sacralidad que tenía y que le permitía mantener una distancia ante los electorados. Lo que las revoluciones democráticas empezaron, las transiciones políticas lo han terminado por apuntalar.<sup>8</sup> La caída de las águilas imperiales, los reyes y las dinastías hace tiempo que cerraron un ciclo, que implicaría que el poder había sido tocado por el pueblo y la ciudadanía. En el siglo XX se dieron los totalitarismos de izquierda y derecha, que pretendieron establecer un poder sin fisuras, luego de las revoluciones democráticas que les habían antecedido. Las disputas políticas y culturales de la segunda mitad del siglo pasado vieron resurgir el ideal democrático y su extensión más allá de las naciones industrializadas. Un nuevo repliegue de los mecanismos autoritarios y totalitarios se experimenta en los procesos de transición política y en las últimas oleadas democratizadoras del fin de siglo. El poder y quienes lo detentan quedan expuestos y son limitados por los contrapesos institucionales, la opinión pública, el imperio de la legalidad y los derechos inviolables de los ciudadanos.

Por otro lado, la ciudadanía, con todo y los altos niveles de apatía, indiferencia y despoltización que encontramos en una porción de la misma, ha generado otras formas de subjetividad política que cuestiona la tutela tal como ha sido concebida y practicada.<sup>9</sup> Un núcleo crítico de la ciudadanía tiene acceso a más información y adquiere un mayor potencial comunicativo, además de que se ha

<sup>8</sup> Las revoluciones democráticas se deshicieron de la figura corpórea de la autoridad y del poder. El efecto secularizador que eso tuvo para los procesos políticos y sociales es invaluable, en tanto el fundamento del poder se queda sin trascendencia. "La posición del poder, que antaño encarnó el monarca y finalmente el nefasto Führer y que se justificaba con la remisión a una venerable tradición, a la gracia de Dios e incluso al mito de la unidad del pueblo y el Führer, ha quedado hoy vacía de simbolismo. Frente al lugar vacío del poder, en la república se abre un espacio público, en el sentido más auténtico de la palabra, que es de naturaleza simbólica..." (Rödel, Frankenberg y Dubiel, 1997: 80).

<sup>9</sup> El estudio pionero en los temas de la ciudadanía es el de Marshall, quien le concede al proceso de la ciudadanización un papel central en la estructuración de las clases sociales (Marshall y Bottomore, 1998: 40-42). La ciudadanía como derecho de pertenencia a una comunidad política ha ido elevando el tono de los reclamos, las exigencias, a la vez que se contraen obligaciones y compromisos con la sociedad en su conjunto.

elevado el nivel de exigencia y reclamo de la sociedad a sus gobernantes y representantes. Aún existen millones de habitantes a quienes poco o nada les interesa lo que ocurre en la vida pública y para quienes funciona bien el viejo esquema del delegamiento del poder y de la representación en un cuerpo de políticos profesionales que deciden y hacen por ellos. Lo que ha cambiado es que ahora hay un tipo de ciudadanía *sin representación*, que puede ser minoritaria y hasta marginal, pero que reclama otro trato y un espacio propio. La exhibición pública del poder, con la transparencia gubernamental y la rendición de cuentas que implica se han asociado con la irrupción de dicha ciudadanía activa, crítica y reflexiva que exige ser escuchada y tenida en cuenta y hasta cuestiona los fundamentos mismos de la representación política.<sup>10</sup> Esta confluencia entre la representación acotada y limitada con la extensión de la sociedad civil hasta el desarrollo de la ciudadanía presencial haría que la relación tradicional entre el mando y la base se vea alterada de un modo decisivo.

Un breve acercamiento a la cuestión de la ciudadanía nos ayuda a entender cómo cambian los sujetos políticos. La deificación del pueblo y la sacralización de las masas populares permitía que grupos de vanguardia y representantes auto-proclamados pudiesen arrogarse el derecho a hablar por miles y millones de personas. La pluralidad de voces e intereses se fundían en sujetos políticos unitarios y quienes decían ser sus representantes. Eso se ve claramente en los movimientos sociales, mientras los partidos políticos le dan una institucionalidad y una permanencia a la representación. La noción de *multitud*, en cambio, se contrapuso históricamente a la de pueblo y expresa la diversidad y complejidad de la política de los de abajo.<sup>11</sup> Si se impone la fragmentación, más que la unicidad de la política de los de abajo, estaríamos hablando de una política representativa más evasiva. La identidad social y política diversa en la era contemporánea eleva la complejidad para la estructuración de la política representativa. Cuando nos referimos a la ciudadanía, nos adentramos en los terrenos de la identidad política personal, a la que entidades unitarias como la del pueblo y las masas le quedan cortas. Así que cuando existen ciudadanos que presentan una voz propia y reclaman derechos directamente, nos encontramos con formas de política ciudadana

<sup>10</sup> Se ha desarrollado un auge inusitado de la ideología de la rendición de cuentas, que ahora se liga con la llamada "gobernanza", concepto que se utiliza en lugar del "gobierno" para describir un tipo de poder público que trata de inducir cambios "desde arriba" y que encuentra en la defensa del Estado de derecho y en la rendición de cuentas de los funcionarios públicos, herramientas importantes para desalojar y derrotar a la burocracia antigua y corrupta (Guttman, 2004: 5-9).

<sup>11</sup> Virno señala que el concepto de multitud, que se contrapone al de pueblo, se debe adjudicar a Spinoza, quien la considera una pluralidad que persiste como tal en la escena pública, sin converger en el Uno (Virno, 2003: 11-12).

presencial, que desbordan los mecanismos de la política representativa tal como se conocen hasta ahora. La irrupción de la ciudadanía y de la *multitud* nos permite ver de otra manera la dinámica de la representación.

En esta parte del texto veremos cómo la crisis de la representación es más aguda en las naciones con democracias débiles, se enfrenta al contraste con la democracia directa y presencial a lo largo de la historia, y se ve sacudida por la doble tendencia mencionada líneas antes, que se manifiesta en la cúspide y en la base de la representación política. Pero vayamos por partes. Hay que recordar que la representación y la democracia vienen de tendencias históricas distintas. Ha existido un tipo de democracia directa y no representativa. Y los factores de poder regional o sectorial se han hecho y pueden hacerse de un tipo de representación ante un poder piramidal, absoluto y autoritario que tiene en sus manos las decisiones últimas. Así que puede existir democracia sin representación y viceversa. Los procesos democráticos y la representación se encuentran cuando se extiende el sufragio, se amplía la ciudadanía y los representantes se ven orillados a someterse al voto electoral y al escrutinio público que rebasa por mucho los ámbitos restringidos de la representación estamental o corporativa.<sup>12</sup> La dimensión representativa se va ligando cada vez más a las facetas de la democracia moderna hasta imprimirle su sello propio, aunque siempre ha tenido que convivir con las formas de la democracia directa, semidirecta, presencial y participativa. Esta última vertiente proviene de la democracia sin representación, que es más antigua. Así que el cuestionamiento a la política representativa es un tema ya viejo y en ocasiones hasta sobado. Sólo que ahora existen ingredientes nuevos que le dan otro sesgo a las limitaciones y dificultades de la representación política. Donde más claramente se está dando este fenómeno es en las sociedades de transiciones recientes y con fragilidad democrática, aunque el contraste con la democracia directa es de una larga historia en la evolución de la democracia contemporánea. En menor medida, los fenómenos críticos se han estado sucediendo en las naciones industrializadas. Habría que mencionar que la elección constitucional del 2008 en Estados Unidos nos presenta ingredientes claros de una crisis de representación, ya que, si bien se logró encarrilar el proceso por los partidos políticos existentes, nos hayamos con un liderazgo externo (Obama) que irrumpió en el centro de la vida política y modificó los parámetros de la política tradicional estadounidense.

<sup>12</sup> La lista de estudios históricos sobre la evolución del sistema político estadounidense y europeo a la luz de los procesos democratizadores es muy amplia. Huntington en particular, destaca que los estamentos medievales, las asambleas pluralistas y los “cuerpos constituidos” se convierten con el tiempo en factores de contrapeso al poder político y serían instrumentos de la representación social y sectorial (1990: 120-121).

Un primer elemento a considerar en las sociedades de transición reciente es la debilidad de las instituciones y la existencia de un Estado de derecho precario. Los conflictos sociales y políticos se resolvían antes de las transiciones por mecanismos no institucionales que iban desde la violencia hasta la imposición de liderazgos fuertes que arbitran y condensan a los diferentes factores de poder económico, político, social y cultural. Acceder a otros niveles de institucionalización de la lucha y el conflicto político se vuelve un proceso lento y tortuoso. Por otro lado, hay un grado de antagonismo y polarización que acentúa esa debilidad institucional, de modo que los sistemas políticos no tienen capacidad para procesar y resolver las dificultades del conflicto social y político. Así que las instituciones débiles se sobrecalientan por la magnitud de los choques y roces sociales y políticos. En tales condiciones, la representación tiene muchas dificultades para hacerse de una autoridad y una institucionalidad que le permitan garantizar la legitimidad y el consenso de sus gobernados. Es tal la inestabilidad de los gobiernos que se presta para que se extiendan la corrupción y el patrimonialismo. Al ser débil la institucionalidad, los representantes alcanzan altos niveles de impunidad y sobre todo se desarrolla una visión de corto plazo en la administración pública y en el ejercicio del poder. Es decir, se da una menor continuidad de las políticas públicas y del personal que las aplica comparado con las naciones de mayor consolidación institucional y democrática. Los representantes están conscientes de la fragilidad de las instituciones y del cargo que ocupan, por lo que se pueden ver orillados a extraer el mayor provecho particular al puesto transitorio que ostentan.

Han sido varios los intentos por explicar la crisis de la representación por las fallas en la institucionalidad y el sistema político democrático. En América Latina se ha alertado sobre los males del presidencialismo con la excesiva concentración de poderes y atribuciones de que adolece. Cuando el presidencialismo funciona adecuadamente, se resuelve la cuestión del orden y la autoridad, pero cuando se acota y limita, se da una dispersión y vacío en el poder, que ahonda las dificultades de la representación. El mando político concentrado, lejos de resolver la problemática representativa, la encajona, porque la hace depender de una figura fuerte, que condensa los atributos y los males de la representación del poder. De esa tradición del poder fuerte se ha querido pasar a regímenes semipresidencialistas que preservan el mando concentrado, a la par que se da un juego político más amplio a las fuerzas emergentes. Se ha dicho que los regímenes parlamentarios y semiparlamentarios poseen una mayor capacidad para administrar las crisis políticas, ya que al marcar la diferencia entre la jefatura de Estado y de gobierno, se le da mayor fortaleza a la primera, mientras el jefe de gobierno y el gabinete

adquieren mayor flexibilidad para negociar y acordar con las fuerzas parlamentarias.<sup>13</sup> La existencia de un poder dual ayuda a encarrilar las demandas y los requerimientos de las fuerzas económicas, sociales y políticas. Se considera que las crisis políticas manifestadas en la salida intempestiva de los titulares del Ejecutivo, debido a las presiones, las protestas y las movilizaciones sociales, se podrían evitar o contener, si existiera una figura de gobierno en quien recayeran los conflictos administrativos, políticos y sociales, manteniendo la figura fuerte del jefe de Estado a la distancia. El desdoblamiento de la legitimidad institucional permite que se tenga una jefatura de Estado más distante y duradera, en tanto la figura del jefe de gabinete está más inmiscuida en los arreglos, negociaciones y acuerdos de la política concreta. La política se desdobra en una parte celestial y trascendente que recae en la autoridad máxima del Estado, y otro lado terrenal y mundano que asume los costos de la política práctica. El hecho de recurrir a mayores filtros institucionales y a medidas de ingeniería política y constitucional facilita un manejo más adecuado de los dilemas en que se encuentra la representación política. Eso se puede hacer, pero es de temerse que la cuestión de la ingeniería política se queda corta ante la magnitud de lo que estamos enfrentando. La falta de representación y el advenimiento de una ciudadanía que no quiere delegar su poder o lo hace bajo una vigilancia celosa nos lleva a otro terreno para enfrentar la cuestión de la representación.

Las naciones de transiciones recientes o menos acabadas, que se han dado en los países de Europa del Este y en América Latina, se ubican en la periferia y en los márgenes de la globalización. La inestabilidad y fragilidad de la política van de la mano con la situación de vulnerabilidad económica en que se encuentran con respecto a los países de alta industrialización y modernización.<sup>14</sup> Eso obliga a los gobiernos electos y representativos a realizar una conducción restringida y limitada por los grandes poderes económicos globales.<sup>15</sup> Los condicionamientos externos son cada vez más apremiantes y los Estados soberanos se ven afectados

<sup>13</sup> La combinación de presidencialismo y parlamentarismo ha dado lugar a formas de gobierno mixtas, como el semipresidencialismo y el semiparlamentarismo. En América Latina se tiende más a buscar el primero, en tanto en Europa vemos casos del segundo. En ocasiones se trata de alejarse del poder excesivamente concentrado y brindar un equilibrio del mismo, y en otros momentos se requiere más articulación y eficacia políticas.

<sup>14</sup> La crisis económica del 2008 iguala a las naciones de alto desarrollo con el resto del mundo en lo relativo a la vulnerabilidad económica. De cualquier modo, la estabilidad política y la consolidación democrática hacen que sea menos visible la crisis de la representación política en las naciones avanzadas.

<sup>15</sup> Mathías y Salama habían definido a los regímenes políticos de las sociedades subdesarrolladas como de legitimidad restringida, ya que eran la regla predominante en tanto la democracia se vuelve excepcional (1986: 95).

en la medida en que se reduce seriamente el campo de maniobra del gobierno democrático. Esto hace que la representación política se vea dañada por estos factores de poder externos ante los cuales se tienen que ofrecer resultados. A eso se añade que los procesos de transición en estas sociedades han sido muy dolorosos y traumáticos. Se ha salido de regímenes totalitarios, de dictaduras militares y de autoritarismos en grado diverso. El reclamo por la libertad y los derechos democráticos se ha concretado en sociedades y regímenes políticos más liberalizados y democratizados, donde se amplía la demanda social y política de la población en condiciones restrictivas y con debilidad institucional. Se quiere superar el pasado en condiciones de precariedad económica e institucional, lo cual sobrecarga las expectativas que se tienen de los actores y del sistema político. Así que la política periférica tiene que vérselas con una situación apremiante que hace endeble la representación misma. Ésta se ejerce en circunstancias de estrechez y restricción, lo que incrementa las dificultades y complica su viabilidad y funcionamiento.

Hemos hablado de las sociedades con democracias débiles y la crisis representativa por causa de la debilidad institucional, la concentración del poder y la reducción de los márgenes de maniobra, pero el desafío por el desborde democrático no es menor. El contraste entre la democracia indirecta y la presencial se agudiza cuando la representación se vuelve insuficiente, aun en las naciones metropolitanas. En otros momentos históricos se había sustituido a la democracia representativa con las formas de la democracia directa, como el famoso caso de la Rusia revolucionaria. El poder dual de 1917 expresa el conflicto latente entre la Asamblea Representativa y el poder de los soviets.<sup>16</sup> Aquí la dualidad de poderes está afuera de las instituciones y amenaza con desbordarlas. En el otro extremo con los regímenes fascistas, la crisis de la democracia representativa quedó sellada con la destrucción de la democracia misma.<sup>17</sup> La facticidad hace que la democracia les estorbe. Cuando la democracia representativa se ha limitado o anulado, el resultado ha sido la imposición de regímenes autoritarios o totalitarios. La sobrecarga en la democracia, lleva a su destrucción por la extrema izquierda o la ultraderecha. La democracia representativa permitía la autocontención

<sup>16</sup> Durante la "Conferencia de Abril", los revolucionarios rusos acuñaron la frase de "Todo el poder a los soviets", con lo que se desencadenaría una dualidad de poderes, entre el poder soviético y el poder representativo. Lenin había vislumbrado desde 1906 que los soviets eran el embrión del futuro Estado revolucionario (Carr, 1985: 101).

<sup>17</sup> La destrucción de la democracia en Alemania contó con la ambigüedad de la socialdemocracia quien la veía como una fórmula transitoria hacia otro tipo de estado social, de tal modo que se vio asediada por la reacción derechista y por la falta de compromiso con ella de las organizaciones comunistas. Las bases sociales del pensamiento democrático eran endebles y sus defensores se quedaron aislados ante los ataques violentos de los grupos nazis (Neumann, 1943: 47-48).

del proceso político, y al ser demolida se imponen las soluciones de facto. La democracia directa a la larga se atrofia y degenera en una ausencia total del pueblo y el ciudadano y la sustitución de éstos por los burócratas del partido y por los mandos únicos. La ultraderecha ni siquiera se interesa por la representación, ya que se da una fusión de la persona con el Estado, hasta negar por completo cualquier forma de representación. Esto no quiere decir que el resultado vaya a ser siempre el mismo, pero expresa la conexión que se da entre la caída de los regímenes representativos y la política de tabla rasa. Uno de los fundamentos más importantes de la teoría representativa es que delega el poder de los más en unos cuantos y se dan una serie de contrapesos entre esos factores representativos, los representantes y las instituciones que median e interceden en los conflictos y en la concertación de políticas públicas. Al venirse abajo el fundamento mismo de la política representativa, se van eliminando los contrapesos y se llega a un punto en que el pueblo unificado, el caudillo o el jefe revolucionario que dice representar el todo, va a prescindir de las instancias institucionales que le bloquean el camino. Esa ruta ya se ha seguido con anterioridad, de modo que la crisis de la representación tiene que asumirse ahora como un acertijo por resolver, para desarrollar alternativas institucionales que permitan la conexión entre los representantes y la base social y electoral, sin caer en los males del autoritarismo y el totalitarismo de cualquier signo ideológico, político o cultural.

La crisis de la representación más reciente viene de los procesos de transición de las últimas oleadas democratizadoras de finales del siglo XX y principios del actual, pero las naciones de mayor desarrollo y consolidación institucional y democrática no escapan a esta tendencia. Se está dando en menor medida, pero no se le debe desestimar. La existencia de partidos fuertes y vigorosos, de instituciones más neutrales y de una mayor conciencia cívica ha permitido que las grandes democracias del mundo tengan la capacidad para enfrentar y resolver favorablemente las amenazas que se presentan contra el sistema político democrático. La crisis de la representación política, del parlamentarismo y del régimen republicano y democrático llevó a la implantación de sistemas totalitarios y dictaduras en Rusia, Italia, Alemania o España, entre otros. La debilidad crónica de la democracia en Europa Oriental condujo a la instauración de los regímenes del socialismo realmente existente. En las democracias consolidadas se tiene una ciudadanía vacunada contra los males del autoritarismo y el totalitarismo de cualquier signo ideológico y político. Sin embargo, ahora se han visto crecer los pequeños agrupamientos extremistas, aumentan los niveles de abstención política y electoral, se extienden los fenómenos políticos emergentes y aumenta la desazón hacia los partidos políticos clásicos y tradicionales. Cuando se dan estos fenómenos se



vive un reagrupamiento natural para defender el régimen democrático y aislar las tendencias malsanas que amenazan su continuidad, como ha ocurrido en el caso francés con los grupos ultranacionalistas y como se dio con el liderazgo austriaco de Jörg Haider. De cualquier manera, habría que tener cuidado en no confundir y ver en todas las tendencias emergentes e innovadoras, amenazas potenciales hacia el sistema democrático, pues se deben explorar nuevas formas de organización y experiencia política más allá de los partidos tradicionales y de la institucionalidad vigente. La entrada en escena de nuevos actores sociales y políticos y la irrupción de nuevas identidades y subjetividades en los marcos de la vida democrática, pueden inyectarle vitalidad a los regímenes políticos anquilosados. La democracia estadounidense se había visto amenazada antes de Obama en un par de ocasiones con la irrupción de terceras alternativas que habían intentado quebrar el bipartidismo tradicional y ancestral de la política de este país. Los resultados innovadores en materia democrática, lejos de asustar, debieran ser motivo de reflexión y de atención para darle otra dimensión a la vida política de las sociedades contemporáneas. Aunque en menor grado, por otras razones y motivos, la política de la representación en las naciones más avanzadas del mundo también se debe preparar para los desafíos que se visualizan en el futuro.

### ¿Rehacer la representación?

La política representativa se ve orillada a una reelaboración y para ello tiene que recurrir a una depuración de sus postulados básicos. Sólo hay que hacerse unas cuantas preguntas para entender los alcances en que se mueve el horizonte de la representación del poder. ¿Es aún posible el restablecimiento de la comunidad entre la ética y la política? ¿Es viable otro tipo de política y de representación? ¿Debe ser superada?, y, sobre todo, ¿puede ser superada sin llevarnos a escenarios peores? ¿O sólo debe ser reformada y reajustada para enfrentar un momento en que la política profesional se ha desvalorizado y la desconfianza de la gente común es mayor que nunca? La crisis de los partidos políticos tradicionales, el advenimiento de fenómenos electorales que llegan desde fuera de la política con discursos y propuestas francamente antipolíticos, y el resurgimiento de liderazgos mesiánicos e irracionales donde se condensa lo que queda de la fe del pueblo con relación al poder, hacen pensar que la relación entre representantes y representados estaría seriamente lastimada. La experiencia argentina había sido extrema ya que se llegó a cuestionar a todas las instituciones nacionales, desde la Presidencia de la República y los legisladores, hasta los jueces y los mandos coercitivos. ¡Que

se vayan todos!, decían los grupos más radicales durante la crisis política argentina de inicios de este siglo (Zibechi, 2004: 170-173). El único problema es que si se van todos alguien se tiene que quedar y es muy probable que se repitan muchas de las dificultades y dilemas a los que se ha enfrentado el proceso representativo y la vida burocrática. En el peor de los casos, los activistas presenciales de antes se convierten en los nuevos representantes y en la nueva clase en ciernes, que, por cierto, tantos dolores de cabeza dejó en los regímenes del socialismo real.<sup>18</sup>

Nos inclinamos a pensar que una actitud de borrón y cuenta nueva puede resultar contraproducente y se debe intervenir sobre la tradición, la herencia, las ruinas, los despojos y lo que queda de la representación pública. Así que no hay más que renovar y rehacer la cuestión de la representación política, con mecanismos verticales y horizontales que ayuden a su acotamiento y su mejoramiento (Przeworski, 1998: 343-344). Muchos autores han sostenido que la democracia directa y la representativa se deberían combinar para articular la dimensión presencial y representativa de la política democrática.<sup>19</sup> Las figuras de la democracia directa e indirecta pueden ayudar a lubricar la toma de decisiones y a reconectar el poder representativo con la ciudadanía, pero habría que pensar en las relaciones de poder y de vínculo político en el interior del mismo fenómeno representativo. El mecanismo vertical por naturaleza que permite la reconexión entre los representantes y la base social se da en los momentos electorales. El ciudadano tiene en el voto un arma estratégica para premiar, castigar y modelar el tipo de cuerpo representativo que se quiere. El problema es que al terminar las votaciones es muy natural que la desconexión y el alejamiento se vuelvan a dar.

Las elecciones son el instrumento vertical por excelencia que hace posible que los ciudadanos se hagan escuchar y se sienta su fuerza numérica. La variación de ahora en este punto, es que los tiempos electorales se ven cada vez más lejanos. La política es más intensa y la legitimidad política de los gobernantes y las autoridades se desvanece más fácilmente y con mayor rapidez, por lo que los tiempos políticos tienden a recortarse. En tres años o en seis ocurren más cosas sobre las que los ciudadanos comunes no adquieren ningún control o es mínimo, de manera que quienes han sido electos toman decisiones por ellos que pueden resultarles

<sup>18</sup> Uno de los primeros materiales para entender la naturaleza de la nueva clase en los regímenes del totalitarismo de izquierda fue realizado por un autor yugoslavo, quien acuñó el término de la nueva clase (Djilas, 1961: 44-47).

<sup>19</sup> Éste es un asunto tratado también en diversas situaciones anteriores. Poulantzas fue uno de los teóricos de la política de izquierda que concluían que la contraposición entre democracia directa y representativa sería funesta para los fines de la transformación social, por lo que sugería una combinación adecuada de política directa y representativa (1979: 313-314).

lesivas. En pocas palabras, el tiempo de la legitimidad tiende a recortarse en el interior del marco de la temporalidad reglamentaria de la representación política. Aquí se manifiesta la disputa política avivada entre el reforzamiento de la tutela por la vía de la especialización y profesionalización de los representantes y la tendencia a recortar, acotar y limitar los mandatos de quienes deciden como cuerpo representativo. El mecanismo electoral tradicional ahora resulta insuficiente y se requiere aceitar las vías verticales por las cuales los representados exigen el cumplimiento de sus demandas ante los que están en la cúpula de la pirámide política. Seguir insistiendo en el afianzamiento de la representación, cuando se encuentra mermada puede ser contraproducente para los procesos democráticos y las instituciones que los sustentan ya que se puede atizar la desconfianza hacia la política democrática en su conjunto.

Como quiera, las tendencias al reforzamiento de la política representativa se siguen manifestando dada la naturaleza de esta forma de la política moderna. De hecho, uno de los debates más intensos que se han dado ha sido generado por la concepción que sostiene que la representación es nacional, y por ello el representante popular puede alejarse de los intereses inmediatos de su área geográfica y de su grupo social para ver por un interés público y un bien común que se puede volver inasible. Es la disputa famosa entre la representación del mandato contra la representación independiente (Manin, 2004: 15). Una de las bases del parlamentarismo es que los diferentes intereses se ven sometidos a una deliberación y discusión públicas que pueden llevar a un punto de llegada muy lejano al del interés del que entrega el mandato. Si a eso agregamos el peso y el poder que tienen los grupos de presión para incidir en las decisiones representativas veríamos que éstas se ven saturadas por intereses que las someten y las rebasan más allá de la pretendida racionalización y deliberación pública y parlamentaria. Los *lobbys* de los grandes consorcios y el cabildeo de los grupos de poder fáctico serán siempre más poderosos que aquel de los ciudadanos no organizados para inclinar y orientar la toma de decisiones, así que la representación tiene que responder a estos retos cada vez más apremiantes.

Las figuras del referéndum y del plebiscito ayudan a decidir y resolver asuntos de orden público y nacional que escapan al ámbito de decisión de los cuerpos representativos. La aplicación de la revocación del mandato puede ayudar a que los mecanismos verticales sean más dinámicos y certeros.<sup>20</sup> En el caso de Venezuela

<sup>20</sup> Debe aclararse que la implantación del referéndum en Venezuela se realiza en un contexto donde se da a la par de otras medidas contraproducentes para los avances democráticos, como serían la reelección presidencial, la centralización del poder en manos del jefe revolucionario y la militarización de la sociedad que acompaña a la llamada "revolución bolivariana" (Blanco, 2002: 60-61).

se ha instrumentado esta figura revocatoria volviéndose contra sus mismos creadores, ya que el chavismo implantó este modelo para sustituir a políticos representativos, recurriendo a un método plebiscitario y a la larga el mismo presidente se vio obligado a someterse a un referéndum revocatorio. Si bien lo gana y queda refrendado en el mandato, se trata de una figura que permite la revocación del poder del representante, y bien utilizado evita la separación excesiva de la élite ante la base. La revocación del mandato se vuelve puramente demagógico cuando se tienen todos los hilos del poder y se trata de un mecanismo plebiscitario para convalidar en el poder a los jefes únicos. Por lo que se debe garantizar la neutralidad del proceso, para que sirva como una herramienta de los ciudadanos organizados en el acotamiento del poder y contra los malos gobiernos. En esta línea es como se fijan mecanismos para religar y reconectar a la política representativa con las bases sociales, ayudando a su relegitimación constante y a desechar los malos gobiernos y retirar el mandato a las administraciones deficientes. En los hechos esto es tanto como acabar con la elección por un periodo o establecer un mandato limitado y acotado. A últimas fechas se ha visto cómo los gobiernos legalmente constituidos en Argentina, Bolivia, Ecuador y Haití deben recortar su mandato, se van antes del tiempo establecido, se nombran gobiernos interinos y se convoca a elecciones anticipadas.

Así que la pugna se da entre quienes consideran que la crisis representativa se debe resolver con un fortalecimiento del tutelaje y de la representación y quienes conciben necesaria la limitación de los mismos. Las impopulares decisiones técnicas que se están tomando con mayor frecuencia ayudan a que se recargue el argumento de que se requiere endurecer más la representación. En las democracias débiles, la legitimidad restringida hace que se tengan que agotar todos los recursos del poder y del Estado para mantener la autoridad en condiciones excepcionales. Cada vez se agotan más las reservas estratégicas para mantener el orden y la gobernabilidad, mientras se mantienen los mismos parámetros de política económica. De ahí que los tiempos de la legitimidad política se vayan haciendo más angostos. La representación dura menos y está más vigilada y controlada desde arriba y desde abajo. El mecanismo vertical del voto es el que permitiría asegurar la intervención de los ciudadanos en la definición de las políticas públicas. Al insistir sólo en el factor vertical como el mecanismo de representación política por naturaleza, no se entiende que los tiempos requieren otras medidas más profundas. El argumento de la verticalidad de la representación es lo que está detrás de quienes pretenden consolidar y afianzar la representación, la reelección de los representantes populares y mejorar el manejo técnico de las decisiones estratégicas. Se soslaya la capacidad de manipulación y

los artilugios de los representantes para evadir las intervenciones desde abajo. Es claro que la tendencia al reforzamiento de la representación implantada sin freno va a llevar a que se agudice el descrédito de los políticos, de la representación misma, aunado a la presencia creciente de los *lobbys* de consorcios y grupos fácticos y a la ausencia o debilidad de la intervención ciudadana.

Los mecanismos horizontales, por otro lado, permiten que se ejerza el control y la vigilancia sobre la representación desde otros poderes de orden legal o formal y del tipo informal y presencial. Hay toda una teoría en materia de la división de poderes que evita que el poder se concentre en un solo mando y que por lo mismo se vayan anulando o inhibiendo otro tipo de poderes.<sup>21</sup> A los poderes legalmente constituidos se debe añadir la multitud de poderes económicos, políticos, sociales, informativos y culturales que entran en juego cuando se trata de tomar una decisión o emprender una acción. Los gobiernos divididos y las sociedades plurales se convierten en la divisa fundamental de los regímenes democráticos. El asunto es que a estas alturas se empiezan a dar también tendencias regresivas en cuanto se estaría buscando una concentración del mando en detrimento de la diversidad y el pluralismo. El decisionismo económico y político que impera en los grandes grupos de poder fáctico exige menos discusión, menos deliberación, menos argumentación.<sup>22</sup> Es la vieja postura que sostenía que los dilemas de la democracia se deben enfrentar limitándola y reduciéndola a proporciones mínimas.<sup>23</sup> La apuesta sería por la reducción del pluralismo y la demolición de los contrapesos para volver a centralizar el mando en un tipo de poder que no rinde

<sup>21</sup> La defensa del régimen pluralista tiene varios defensores importantes. Dahl definió a las democracias actuales como regímenes poliárquicos que no eran democráticos, pero sí se da una diversidad de poderes que se balanceaban entre sí. La pluralidad de poderes y la división de los mismos es lo que ayuda a medir el grado de la democratización de una sociedad determinada (Dahl, 1989: 65)

<sup>22</sup> El decisionismo tiene en Carl Schmitt a uno de sus máximos exponentes. Dicho autor da lugar a una concepción de la política bélica, apoyada en el agrupamiento de los amigos y los enemigos. En vez de la deliberación se impone la toma de las decisiones. "Al estado, en cuanto unidad sustancialmente política, le compete el *jus belli*, o sea la posibilidad real de determinar el enemigo y combatirlo en casos concretos y por la fuerza de una decisión propia" (Schmitt, 1985: 41).

<sup>23</sup> Esta discusión es persistente y sus líneas se pueden encontrar en la confluencia que se daría entre el neoliberalismo económico, el conservadurismo cultural y la llamada democracia "legal". "La Nueva Derecha (o el neoliberalismo, o neoconservadurismo, tal como se la denomina algunas veces) está comprometida, en general, con la idea de que la vida política, al igual que la vida económica, es (o debe ser) una cuestión de libertad e iniciativa individual [...]. Por consiguiente, una sociedad de *laissez-faire* o de libre mercado es el objetivo clave, junto con un 'Estado mínimo'. El programa político de la Nueva Derecha incluye: la extensión del mercado a más y más áreas de la vida; la creación de un Estado despojado del compromiso 'excesivo' tanto con la economía como con la provisión de oportunidades; la restricción del poder de ciertos grupos (los sindicatos, por ejemplo) para hacer valer sus metas y objetivos; y la formación de un gobierno fuerte que aplique la ley y el orden" (Held, 1992: 293).

cuentas, se vuelve invisible y arrasa otros poderes. Todo eso con la consideración de que existe parálisis y no se llega a acuerdos y decisiones importantes y significativas en las instancias legislativas. No es casual, por cierto, que en el caso de América Latina, gobiernos de signo ideológico y político diferentes como el venezolano y el colombiano insistan en las modificaciones constitucionales para establecer nuevas reelecciones y reelecciones sin fin, y en el primero de los casos eso coincida con el establecimiento de mecanismos revocatorios del mandato. En cuanto al chavismo, el proceso revocatorio se hace bajo control, a la par que se insiste en reelecciones indefinidas que fortalecen una política plebiscitaria y personalista.

La representación está en duda porque ha quedado limitada como instancia de mediación social y política. A las dificultades mencionadas en materia de relación política entre quienes mandan y quienes deberían obedecer, se debe resaltar el hecho de que las decisiones que se están tomando son cada vez más lesivas para los intereses de la mayoría de la población. O por lo menos existe un paquete de medidas estructurales que perjudican los intereses nacionales y populares, con mayor énfasis en las naciones periféricas que cuentan con una legitimidad más estrecha. Los Estados sociales y benefactores han quedado atrás y la era en que se prometía empleo, salario y mejora en las condiciones de vida y se cumplía con ellos y con ciertos satisfactores sociales estaría quedando cada vez más en el pasado, por lo cual el cumplimiento de las promesas tendría que darse a contrapelo de factores internacionales y nacionales que reclaman una política de comando.<sup>24</sup> Ahora la política es más restrictiva, por lo que se tienen que tomar decisiones más incómodas y molestas. El costo político que eso estaría generando para el fenómeno representativo es inmenso. La representación es cuestionada por los grandes intereses económicos y financieros que la ven improductiva y lenta. Tanto que ahora los grupos empresariales pueden llegar hasta optar por liderazgos sociales y de izquierda que estén dispuestos a pagar el costo de las decisiones técnicas impopulares. Un liderazgo sin credibilidad y sin sustancia, bajo una estructura de mando y decisión controlada, de poco les sirve para enfrentar electorados exigentes y demandantes. La representación es cuestionada desde el otro lado, por los mismos ciudadanos de a pie que ya no ven en los representantes a quienes velan por sus intereses o por lo menos se involucran en lo que les ocurre.

<sup>24</sup> Aunque esto habría que matizarlo con el hecho de que la crisis económica reciente está llevando a nuevas formas de intervencionismo estatal, aunque no se sabe aún en qué medida y hasta dónde va a implicar una refundación del Estado.

Al vaciarse los contenidos de la política representativa, el vínculo que se da es cada vez más utilitario y pragmático. Los liderazgos representativos se ven obligados a prometer y cumplir en un mundo donde la autonomía del poder político se ve seriamente mermada. La ciudadanía se adhiere a las propuestas por conveniencia y los vínculos son más débiles y de ocasión. Hacia arriba y hacia abajo, la representación como espacio de mediación y negociación se ve disminuida y ahora se requiere una política de mayor credibilidad y resultados. Finalmente, la renovación de la vida pública sólo se puede realizar con el desarrollo de una mayor actividad y participación ciudadana que sirva como elemento de contrapeso en lo vertical y en lo horizontal de la representación política, que impida que la representación derive ahora en un tipo de poder gerencial sin freno y sin límites, que le inyecte otra dimensión al poder público y que saque del marasmo en que se encuentra al poder y sus representaciones en el mundo. Ésa es quizás la alternativa que habría que pensar y explorar para rehacer la vida política de las sociedades democráticas modernas.

## Conclusiones

La representación política como delegación del poder de un pueblo, una comunidad política o un grupo de ciudadanos en un delegado o representante ha entrado en crisis. Hubo un momento en la historia del poder en que no se requería representación. Se gobernaba en el nombre de Dios y punto. A pesar de ello, las representaciones gremiales y sectoriales se hacían escuchar ante el poder absoluto. En las sociedades democráticas, esta representación del poder, por medio del voto ciudadano y del ejercicio del mandato político a través de una minoría que gobierna, sería funcional durante los dos últimos siglos. Los partidos políticos eran la expresión representativa del poder público por excelencia. Este esquema resulta insuficiente y se ve rebasado y superado por formas de poder ciudadano que no quieren delegar representación en políticos profesionales en los que no confían, a los que no les creen y de los que no se dejan gobernar. Las formas del poder vertical y autoritario están fracturadas y ahora los ciudadanos reclaman espacios de poder y mecanismos de control sobre grupos de poder y sobre una clase política que se quiere limitada y acotada. La representación política tradicional está quebrada y los intentos por rehacerla sobre mecanismos violentos y represivos están condenados a generar más y más rechazo de la población hacia sus gobernantes. La única alternativa para rehacer los mecanismos de la democracia representativa es reconocer el ascenso de otras formas de poder ciudadano,



civil y social, con las que se debería aprender a convivir y cohabitar si se quiere procesar la diversidad, conflictividad y complejidad de las sociedades democráticas modernas.

## Bibliografía

- Bachrach, Peter  
 1973 *Crítica de la teoría elitista de la democracia*, Amorrortu, Buenos Aires, 173 pp.
- Blanco, Carlos  
 2002 *Revolución y desilusión. La Venezuela de Hugo Chávez*, Catarata, Madrid, 415 pp.
- Carr, Edward H.  
 1985 *Historia de la Rusia soviética. La Revolución bolchevique (1917-1923). 1. La Conquista y la organización del poder*, Alianza Universidad, Madrid, 470 pp.
- Dahl, Robert  
 1989 *La poliarquía. Participación y oposición*, Tecnos, Madrid, 228 pp.  
 1992 *La democracia y sus críticos*, Paidós, Barcelona, 476 pp.
- Djilas, Milovan  
 1961 *La nueva clase. Análisis del régimen comunista*, Sudamericana, Buenos Aires, 243 pp.
- Gramsci, Antonio  
 1975 *Cuadernos de la Cárcel 1. Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, Juan Pablos, México, 334 pp.
- Guttman, Dan  
 2004 “De gobierno a gobernanza: la nueva ideología de la rendición de cuentas, sus conflictos, sus defectos y sus características”, en *Gestión y Política Pública*, vol. XIII, núm. 1, enero-junio, pp. 5-40.
- Held, David  
 1992 *Modelos de democracia*, Alianza, México, 435 pp.
- Holloway, John  
 2002 *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*, Herramienta/Universidad Autónoma de Puebla, Buenos Aires, 320 pp.
- Huntington, Samuel P.  
 1990 *El orden político en las sociedades en cambio*, Paidós, Buenos Aires, 404 pp.
- Maestre, Agapito  
 2001 “Democracia de calidad o autocrítica del *demos*”, en *Metapolítica*, núm. 19, julio-septiembre, pp. 34-49.
- Manin, Bernard  
 1998 *Los principios del gobierno representativo*, Alianza, Madrid, 300 pp.

- Manin, Bernard, Adam Przeworski y Susan C. Stokes  
2004 "Elecciones y representación", en *Metapolítica*, núm. 37, septiembre-octubre, pp. 14-29.
- Marshall, Thomas H. y Tom Bottomore  
1998 *Ciudadanía y clase social*, Alianza, Madrid, 149 pp.
- Mathías, Gilberto y Pierre Salama  
1986 *El Estado sobredesarrollado. De las metrópolis al Tercer Mundo*, Era, México, 181 pp.
- Michels, Robert  
1969a *Los partidos políticos 1. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, Amorrortu, Buenos Aires, 231 pp.  
1969b *Los partidos políticos 2. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, Amorrortu, Buenos Aires, 199 pp.
- Mill, John Stuart  
1985 *Del gobierno representativo*, Tecnos, Madrid, 215 pp.
- Mosca, Gaetano  
1984 *La clase política*, Fondo de Cultura Económica (FCE), México, 351 pp.
- Neumann, Franz  
1943 *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacionalsocialismo*, FCE, México, 583 pp.
- Pareto, Vilfredo  
1987 *Escritos sociológicos*, Alianza Universidad, Madrid, 395 pp.
- Pettit, Philip  
1999 *Republicanism. Una teoría sobre la libertad y el gobierno*, Paidós, Barcelona, 392 pp.
- Poulantzas, Nicos  
1979 *Estado, poder y socialismo*, Siglo XXI Editores, México, 326 pp.
- Preuss, Ulrich K.  
2000 "La construcción del poder constitucional para la nueva polis", en *Metapolítica*, núm. 15, julio-septiembre, pp. 32-51.
- Przeworski, Adam  
1998 "El Estado y el ciudadano", en *Política y Gobierno*, vol. 5, núm. 2, julio, pp. 341-379.
- Rödel, Ulrich, Günter Frankenberg y Helmuth Dubiel  
1997 *La cuestión democrática*, Huerga y Fierro, Madrid, 277 pp.
- Rousseau, Jean Jacques  
1985 *El contrato social*, Sarpe, Madrid, 210 pp.
- Sartori, Giovanni  
1998 *Homovidens. La sociedad teledirigida*, Taurus, México, 159 pp.

Schmitt, Carl

1985 *El concepto de lo "político". Teoría del partisano. Notas complementarias al concepto de lo "político"*, Folios, México, 188 pp.

Schumpeter, Joseph A.

1983 *Capitalismo, socialismo y democracia*, Orbis, Barcelona, 2 ts., 512 pp.

Virno, Paolo

2003 *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*, Colihue, Buenos Aires, 208 pp.

Zibechi, Raúl

2004 *Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento*, Frente Zapatista de Liberación Nacional, México, 208 pp.